

La perdigonada del cazador

FELIZMENTE, en el año 1979 habrá pasado el peligro de que a los españoles, sin comerlo ni beberlo, nos pueda caer en la cabeza un artefacto atómico de esos que los rubios defensores de Occidente tienen almacenados en nuestro país. Cuatro años se pasan volando. Mientras tanto, los españoles trataremos de hacer el amor democrático bajo esta siniestra cucaña que el Tío Sam nos ha colgado del anticiclón de las Azores, para que vivamos peligrosamente. Los americanos han llegado a firmar el tratado de las bases y todo ha sucedido como siempre: unos se han llevado la primogenitura, otros se han quedado con el plato de lentejas. Y así sucesivamente, hasta más ver.

El Tío Sam es especialista en bendiciones, igual que los curas de antes, que cobraban por echar un hisopo a una fábrica o a la cabeza de un recién nacido. Los americanos ahora se dedican a bendecir los nuevos gobiernos, a sacar los demonios rojos de un país y a borrar el pecado original de cualquier sociedad por la módica tarifa de la obediencia. Y en ese plan están aquí: después de un acto de contrición democrática, después de prometer firmemente que uno será bueno, se portará bien, defenderá el orden establecido, no creará problemas, seguirá con aplicación las consignas, después de implorar por conducto reglamentario la gracia santificante de la paz americana, va el Tío Sam y te da la absolución, te ofrece unos duros y te deja la atómica colgada del alero.

Después de aquel asunto de las bombas de Palomares, como los dólares yanquis no dan para mucho, con el fin de evitar que nos caiga un artefacto encima, el español debe seguir con su peculiar refugio atómico. En aquella ocasión quedó bien demostrado que el traje de pana huertano y la boina capona eran una magnífica armadura contra la radioactividad. De modo que me he acercado a una tienda de la calle Segovia para comprarles a la Caperuza y a la Abuela un vestido gordo de pana rayada y evitarles así cualquier disgusto. De momento los españoles ya estamos bendecidos por los americanos. Ahora sólo nos queda portarnos bien, obedecer y aguantar cuatro años más. ■ V.

